

EL MAGISTERIO DE SAN AGUSTÍN EN CASICIACO

MARCELO FRANCO PELAYO

LA PEDAGOGÍA AGUSTINIANA DEL AMOR

“Amando trahitur, sine laesione corporis trahitur,
cordis vinculo trahitur” =
Es atraído por el amor; es atraído sin lesión del cuerpo;
es atraído por el vínculo del corazón
(Io.ev.tr, 26, 5; PL. 35, 1609).

Estas líneas de presentación quieren reflejar uno de los aspectos de la pedagogía agustiniana que destacan tanto en sus escritos como en su actividad docente de maestro retórica –“rhetor”– en Cartago, Roma y Milán.

El tema que abordamos es de los más socorridos, tal vez de forma excesiva, en la vida y obras del Obispo de Hipona: *EL AMOR*. La pedagogía del amor fundamenta su tacto en la tarea educativa y donde hemos de situar desde el primer momento la *Escuela de Casiciaco*. En cuyo ámbito tuvieron su origen los primeros escritos filosóficos del Santo, en un diálogo abierto y sincero con sus discípulos y en una profunda reflexión callada.

I. El binomio maestro-discípulo

Constituyen los dos agentes esenciales de la educación que recíprocamente se exigen a lo largo de todo el proceso enseñanza-aprendizaje.

En cuanto a la interacción existente entre las personas y el entorno circundante, conviene tener en cuenta un desarrollo gradual que se efectúa de forma constante y progresiva. Estos serían los pasos sucesivos:

- 1) En un primer momento, la relación que se establece con el otro es muy superficial, como un mero objeto, lo que se denomina cosificación, porque esencial y existencialmente “se es” en el mundo. Puede llegarse hasta el extremo de que el otro sea visto incluso como un peligro a evitar. En el caso que nos ocupa, el educando vislumbra que el maestro ostenta la autoridad y tiene en sus manos el poder sancionador.
- 2) Si profundizamos en las relaciones interpersonales, dando un paso más, se descubren los vínculos sociales –“el hombre es un animal social por naturaleza”– ha dejado escrito Aristóteles en *La Política*; es decir, pone de relieve la tendencia natural que tienen los hombres de asociarse con sus semejantes. Asimismo, se descubren los lazos jurídicos, por los que se integran en una comunidad, delimitada por las coordenadas de lugar y tiempo y con unas pautas de comportamiento y unas costumbres transmitidas a través de sucesivas generaciones.
- 3) En una tercera fase, superados los límites de lo extrínseco, aparecen las manifestaciones más profundas de la afectividad: la amistad y el amor. La interrelación educador-educando por su medio hace que la tarea educativa se convierta en algo atractivo, a pesar de las dificultades que entraña.

En un primer momento, el maestro va a ser considerado por el educando como una persona extraña, ajena al círculo familiar, donde el niño es el centro; viene a introducirse en su vida con el cometido de transmitirle unos conocimientos y, al mismo tiempo, para imponerle unas normas, quieras o no. Hay que recordar a este propósito los amargos recuerdos que el autor conservó toda su vida del “vapuleo” que sufrió de niño en la escuela de Tagaste, su pueblo natal. (Cfr. Conf. I, 9, 14).

El amor será, sin duda, el mejor recurso para vencer todas las resistencias, facilitando la comunicación entre ambos agentes. Es necesario conocer las capacidades de cada educando en particular; así como buscar la sintonía y conservar en todo momento el equilibrio emocional. Hay una recomendación por su parte que tampoco hemos de olvidar:

“¿Acaso pretenden los maestros que se conozcan y retengan sus pensamientos y no las disciplinas que piensan enseñar (*tradere*-transmitir)

cuando hablan (loquendo)? Porque, ¿quién hay tan insensato (*tam stulte curiosus est*) que envíe a su hijo a la escuela para que aprenda qué piensa el maestro” (Mag. XIV, 45). De este texto podemos deducir que el docente es un intermediario entre el alumno y la verdad; él no es el fin de la educación, sino un mero instrumento, reconociendo que hay un solo Maestro, Cristo, y que de un modo absoluto, hay una sola autoridad que es la de Dios. Es la conclusión a la que llega el maestro de Casiciaco en el diálogo titulado *De Magistro* que mantiene con su hijo Adeodato. Esta idea será una de sus constantes en todos sus escritos teológico-filosóficos, así como en sus Cartas y Sermones. (Cfr. Mag. caps. XI-XIV; Conf. XI, 8, 10, p. 807; Ep. 140, 37, 38; Pecc. Mer. I, 25, 37).

II. El “ordo amoris”: La disposición ordenada del amor

La fundamentación de la relación maestro-discípulo se halla en la dimensión ontológica del “*ordo amoris*” que señala la línea ascendente que va del amor a las criaturas al Creador: Todo lo creado, y de manera especial el hombre, ha de ser amado por Dios y para Dios. El “*uti et frui*” agustiniano tiene su aplicación en la imagen del hombre peregrino que camina en el tiempo para llegar a Dios (Cfr. Ciu. , VII, 26). Es la “*ascensio mentis ad Deum*”, cuyo culmen es Dios. El proceso lo señala en el libro X de *Las Confesiones*:

1º) Pregunta a la tierra y a todas las cosas que hay en ella y la respondieron: “No somos tu Dios; búscale por encima de nosotros” (“*Non sumus Deus tuus; quaere super nos*”).

2º) Pregunta al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas que igualmente le respondieron: “*Neque nos sumus Deus quem quaeris*” (tampoco somos el Dios que buscas).

3º) Pide entonces a las cosas que le digan algo acerca de su Dios; y exclaman: “Él nos ha hecho”. Mi pregunta era mi mirada; y su respuesta, su apariencia (“*Interrogatio mea intentio mea et responsio eorum species eorum*” = su respuesta su hermosura).

4º) Paso de lo externo al interior: El hombre está compuesto de cuerpo y alma: son dos elementos, uno exterior y el otro interior. De los dos, para buscar a Dios es mejor el interior, tal como lo había expresado anteriormente: “*Interior intimo meo et superior summo meo*”.

Tú, Dios, estabas dentro de mí más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío (Conf. III, 6, 11).

La respuesta de todas las cosas se repite una y otra vez: “No somos tu Dios, Él nos ha hecho”. Es el hombre interior quien conoce estas cosas, el Yo-Alma (“ego animus”) por medio del sentido del cuerpo. La hermosura –“haec species”– habla a todos, pero sólo la entienden los que comparan su voz, recibida desde el exterior, con la verdad interior. (Conf., X, 6, 10).

5º) “Transibo”: traspasaré, ascenderé por encima de la fuerza que tengo en común con los animales: a) Más allá de los sentidos, “gradibus ascendens ad eum qui me fecit” = ascendiendo por grados a Aquel que me hizo (Conf. X, 8, 12). b) Búsqueda a través de la memoria (Conf. X, 8, 12 – 15; Conf. X, 9, 16; Conf. X, 10, 17...). Traspasaré aun la memoria para llegar a Aquel que me separó de los cuadrúpedos (Conf. X, 17, 26).

6º) La felicidad – Buscar a Dios es buscar la vida bienaventurada. Se pregunta: “¿Y a ti, Señor, de qué modo te puedo buscar? Porque cuando te busco a ti, Dios mío, la vida bienaventurada busco (“Cum enim te, Deum meum quaero, vitam beatam quaero”). ¿Acaso no es la vida bienaventurada la que todos apetecen, sin que haya ninguno que no la desee? (Conf. X, 20, 29). De todos es conocida y si pudiesen ser interrogados si querían ser felices, todos responderían sin vacilación que querían serlo (p.743). La vida bienaventurada no se recuerda como algo visto anteriormente, Cartago, por ejemplo; o como se recuerda la elocuencia, algo aprendido... Todos tienen noticia de ella, que no les ha llegado por los sentidos, sino por la noticia interior (“ex interiore notitia” = conocimiento interior) (Conf. X, 21, 30). Y continúa preguntándose: “¿Dónde y cuándo he experimentado la vida feliz para que la recuerde, la ame y la desee? (...). Todos quieren ser felices, lo cual no deseáramos si no tuviéramos de ella noticia cierta... Todos concuerdan en querer ser felices. Es el término a donde todos se empeñan por llegar: Querer gozar la vida bienaventurada (Conf. X, 21, 31). La vida bienaventurada no es otra cosa que gozar de Dios (“de ti, para ti y por ti”): esa es y no otra (X, 22, 32, p. 745). La vida feliz es el gozo de la verdad (“gaudium de veritate”), porque es un gozo de ti, que eres la verdad, ¡oh Dios!... Todos quieren el gozo de la verdad. Cuando aman la vida feliz, que no es otra cosa que gozo de la verdad, ciertamente aman la verdad; mas no la amaran si no hubiera en su memoria noticia alguna de ella... (Conf. X, 22, 32).

7º) Meta final: Dios-Verdad-Felicidad - Donde encuentra la verdad, allí halla a Dios, que es la misma verdad, la cual no ha olvidado desde que la había aprendido. “Desde que te conocí, permaneces en mi memoria (Conf. X, 24, 35)... y en ella te hallo cuando te recuerdo (Conf. X, 25, 36).

El “ordo amoris” dirige todo el quehacer humano hacia la última meta, “el término adonde todos se empeñan por llegar” (p.745), porque todos los seres “claman que han sido hechos, porque se mudan y cambian... Tú eres, Señor, quien los hiciste; Tú que eres hermoso, por lo que ellos son hermosos; Tú que eres bueno, por lo que ellos son buenos; Tú que eres ser, por lo que ellos son” (“Tu ergo, Domine, fecisti ea, qui pulcher es, pulchra sunt enim; qui bonus es, bona sunt enim; qui es, sunt enim” (Conf. XI, 4, 6).

Hay una llamada urgente que nos invita a dar el paso del exterior al interior: El Verbo habla por la carne en el Evangelio, exteriormente a los oídos de los hombres, para que fuese creído y se le buscara dentro, y se le hallase en la Verdad eterna, en donde el *Maestro bueno y único* enseña a todos los discípulos (Conf. XIII, 2, 2).

Pero volvamos a Casiciaco para conocer la opinión del autor en la época en que escribió los Diálogos. En los *Soliloquios*, obra fechada en el año 387, en una hermosa oración que sirve de exordio al diálogo interior, dice: “A ti invoco, Dios, Bondad y Hermosura, en quien, de quien y por quien son buenas y hermosas las cosas que son buenas y hermosas” (Sol. I, 1, 3; BAC, I). Es la misma expresión que, como hemos visto, utilizará más tarde en Las Confesiones.

Un estudioso de la obra agustiniana resumía así su pensamiento: “Las raíces del ser en cuanto a su fundamento son el amor, porque Dios ha creado libremente todos los seres precisamente por razón de su bondad y de la cual son una irradiación”¹.

III. Visión antropológica

En el estudio de la pedagogía agustiniana es imprescindible centrarse en el hombre, que ocupa la cima en la escala jerárquica de los seres de todo el universo. Es el centro de la creación que cumple el precepto bíblico: “Llenad la tierra y sometedla” (Gn. I, 28).

A nuestro autor, ya en Casiciaco, cuando se plantea el problema, no le interesa tanto el hombre en abstracto, en su constitutivo sustancial de cuerpo y alma, sino observarlo desde una perspectiva que podríamos lla-

¹ ALCORTA, I., El mensaje agustiniano del amor, en *Augustinus Magister*, III, p. 358. Cfr. RINTELEN, F. von: Bonitas creationis – Bonitas Dei, en *Giornale di Metafisica*, 9 (1954) 523-541.

mar existencial (el “yo y las circunstancias” orteguiano), en su dimensión agónica; el hombre peregrino, cuyo reflejo son aquellas palabras suyas: “Factus eram ipse mihi magna quaestio” = Me había hecho a mí mismo un gran lío; me había convertido para mí en un verdadero problema (Conf. IV, 4, 9). El hombre que le preocupa y que atrae su atención es el hombre problemático, en el que concentra todas sus fuerzas para comprenderlo².

Este aspecto dual del hombre se encuentra perfilado ya en las primeras obras de Casiciaco: el hombre en abstracto y en su realidad concreta. “Cuando se trata de definir al hombre abstracto Agustín echa mano del repertorio de definiciones clásicas que tiene aprendidas... Cuando se trata de definir al hombre histórico, Agustín se repliega en sí mismo para repasar e interpretar su vida y proyectar esas lecciones que adquiere a la vida humana en general. Porque, “¿qué es mi corazón sino un corazón humano?”. Y entonces surge el hombre como misterio”³.

En cuando al hombre en abstracto, en una de sus obras maestras escribe “Todos conocemos que el cuerpo se une al alma para formar y constituir el hombre total y cabal –“totus et plenus”–, testigo de ello es nuestra naturaleza” (Ciu. X, 29). Y en diálogo con su hijo Adeodato, dice: “Si preguntase qué es el hombre, se responderá que es un animal, o se recitará toda la definición, esto es, animal racional y mortal” (Mag. VIII, 24). Pero es el hombre en su realidad concreta, donde proyecta su experiencia personal, la expresada en el “Quid est cor meum nisi cor humanum?” (Trin. IV, pról.); o cuando formula su conocida sentencia: “Pondus meum amor meus; eo feror_quocumque feror” –Mi peso es mi amor; él me lleva doquiera soy llevado– (Conf. XIII, 9, 10). Es como la ley de la gravedad que atrae al hombre en todo su quehacer. Así comentando el verso de Virgilio, su poeta preferido, “Trahit sua quemque voluptas” –a cada uno le atrae su propia afición– añade: “non necessitas, sed voluptas; non obligatio, sed delectatio” –no la necesidad, sino el gozo; no la obligación, sino el deleite– (Io, ev.tr. 26, 4).

² BALTHAZAR, N. J. J., “Pour Augustin comme pour nous, la presentation du moi comme animal raisonnable est manifestement deficient, étant purement objective... L’homme purement objectif, parmi des choses divisées en genre et espèce, nel’interesse pas; c’est un apanage de la psychologie objective abstrait” (La vie intérieure de saint-Augustin á Casiciacum, *Giornale di Metafisica*, 9 (1954) 429; Cfr. CASTELLANOS, N., “El problema educativo del siglo IV en las ‘Confesiones’”, en *Augustinus* 5 (1960) 521.

³ FLÓREZ, R., “Puntos para una antropología agustiniana”, *Augustinus Magister*, p. 552.

La ley del “peso del amor” aparece como una constante en la vida y en la obra del autor: “El amor es algo esencial en San Agustín; es decir, en su vida y en su obra. En su vida, el amor es una de sus grandes vivencias. Es el acicate y el impulso que le estimula y le mueve en todas las vicisitudes de su existencia siempre apasionada. En su doctrina, es la clave cálida y transparente, sencilla y universal del ser y del dinamismo del universo”⁴. En su vida, resulta imposible no evocar sus palabras: “¿Y qué era lo que me deleitaba, sino amar y ser amado?” (Conf. II, 2, 2). Y más adelante: “Todavía no amaba, pero amaba el amar... Buscaba qué amar amando el amar” (Conf. III, 1, 1). El amor involucra a toda la persona y no deja a nadie indiferente.

IV. Recapitulación: la empatía

La empatía vendría a ser en la práctica una manifestación del amor, por medio de la cual se establece una corriente de entendimiento y comprensión entre los dos agentes de la tarea educativa; es decir, entre el educando y el educador. En una breve obra, eminentemente pedagógica, expone una idea que le era muy querida: El superior debe buscar más ser amado que temido: “De hecho –dice– es más grato el amor cuando procede no de la aridez de la indigencia, sino del derroche de la abundancia y de la benevolencia”. Esto le escribía a Deogratias, diácono de la iglesia de Cartago, que se le quejaba de la monotonía y hastío que le causaba enseñar los rudimentos de la doctrina cristiana a los catecúmenos, en la obra *De catechizandis rudibus* (Sobre la instrucción de los ignorantes –la catequesis–, el año 400; IV, 7). Y más adelante le aconseja: “Debes proponerte este fin cuando enseñes: Todo lo que expongas, hazlo de tal forma que a quien hablas, escuchando crea, creyendo espere, esperando ame” (“Hac ergo dilectione tibi tamquam fine proposito, quo referas omnia quae dicis, quidquid narras ita narra, ut ille cui loqueris audiendo credat, credendo speret, sperando amet”. Cat. rub., IV, 8). Es decir, que ponga en práctica las tres virtudes teologales.

La empatía aparece de una manera especial en Casiciaco entre el maestro y los dos discípulos cuya formación había asumido, Licencio y Trigeccio. Está libre de las premuras de las etapas anteriores de docente en Tagaste, Cartago, Roma o Milán, donde los programas o el comportamiento díscolo de los alumnos (Cartago), el impago de su salario (Roma),

⁴ CUESTA, S., “La concepción agustiniana del mundo a través del amor”, *Augustinus Magister*, I, p. 347.

o incluso los mismos padres “que por causa de sus hijos no querían verme libre nunca”, dice de los de Milán (Conf. IX, 2, 4, p. 663; “liberos-liberi”). Ahora la situación ha cambiado completamente. Hay una atmósfera de afecto y cariño en esta reducida escuela. En la reprimenda más dura y amarga que les dirige a los dos, por algo que parece una chiquillada, apelará al amor: “Si algún cariño me tenéis – les dice - ; si nos une algún lazo de amistad; si comprendéis cuánto os amo, cuánto estimo el cuidado de vuestra formación moral (“cura morum vestrorum”); si soy digno de alguna correspondencia por vuestra parte; si, en fin, como Dios es testigo, no miento al desear para vosotros lo que para mí, hacedme este favor. Y si me llamáis de buen grado maestro, pagadme con esta moneda (“reddite mihi mercedem”): Sed buenos” (Ord. I, 10, 29).

Esta actitud del maestro difícilmente se encontraría en nuestras aulas, tal vez excesivamente masificadas, en donde se suplicara a los alumnos que fueran buenos y se les explicara claramente el motivo, pues a él le disgustaba mucho que a los niños en la escuela se les estimulase con la emulación, no atendiendo a la excelencia de las artes, sino a una inútilísima vanagloria – “inanissimae laudis amore” – (Ord. I, 10). Esta era la falta en que habían incurrido sus dos discípulos. (Pasados los años, recordará en las Confesiones el doble motivo por el que se les proponía en la escuela de gramática el ejercicio literario de que expresaran en prosa lo que el poeta –Virgilio– había cantado en verso: el premio de la alabanza (“prae-mio laudis”) y el temor a los azotes (“plagarum metu”) (Conf. I, 17, 27).

Casiciaco no es un aula cerrada, sino que esta’ en contacto con la naturaleza, donde se palpa la atmósfera de unos días otoñales, bajo el cielo, a veces nublado, otras sereno, de la campiña lombarda. Es vida. Nos parece escuchar el ruido del agua del arroyo que corre junto a los baños; o ver los árboles que van perdiendo las hojas; o el sol que desvanece las nubes al amanecer. La lección dialogada se da en el campo, a la sombra de un árbol , si hacía buen tiempo, o en la sala de los baños si hacía malo. Les va transmitiendo el fruto de las largas horas de reflexión (a lo que dedica gran parte de la noche). Constituye el anuncio de una inteligencia privilegiada que con el tiempo se plasmará en una obra prodigiosa, donde han bebido la Filosofía y la Teología de todos los tiempos.

MARCELO FRANCO PELAYO
C/ Francisco Pizarro, 1, 2º - B
24010 TROBAJO DEL CAMINO - LEÓN